

© 2026 Juan Pablo González Hollman

Todos los derechos reservados.

Primera edición digital: 2026

Cartagena de Indias, República de Colombia

Registro de obra literaria pendiente ante la

Dirección Nacional de Derecho de Autor (DNDA) — Colombia

www.derechodeautor.gov.co

ISBN: en trámite

NOTA LEGAL SOBRE FICCIÓN Y PRIVACIDAD

Esta obra es una autobiografía literaria. El narrador principal aparece bajo el nombre ficticio de Pedro Gregorio González Hollman. Algunos otros personajes, nombres, características identificatorias y detalles de ciertos episodios han sido modificados, fusionados o recreados con fines narrativos y literarios, con el objeto de proteger la privacidad e intimidad de personas reales.

Los hechos históricos documentados en los apéndices genealógicos y las referencias a figuras públicas en ejercicio de sus funciones públicas se presentan con sus nombres reales como parte del registro histórico familiar.

Cualquier semejanza entre los personajes ficticios de esta obra y personas reales, vivas o fallecidas, más allá de los hechos históricos explícitamente señalados, es resultado de la recreación literaria y no constituye afirmación de hechos sobre dichas personas.

Las referencias a estudios científicos, publicaciones académicas y obras literarias de terceros se realizan con fines de comentario, crítica y divulgación cultural, en el marco del derecho de cita contemplado en la Ley 23 de 1982 y normas concordantes del ordenamiento jurídico colombiano.

Queda prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión.

Para autorizaciones, contactar al autor:

vitalitespray@gmail.com

𐌹 Fehu · 𐌺 Uruz · 𐌹 Tyr · 𐌺 Wunjo

Su nacimiento

Pedro Gregorio nació el siete de marzo de 1980 en Barranquilla, Atlántico — en la Clínica La Asunción. Era la hora en que el sol del Caribe ya ha subido lo suficiente para que la brisa marine empiece a moverse, ese momento del día en que la luz llega

horizontal y dorada desde el oriente y los techos de Barranquilla brillan como si la ciudad entera estuviera siendo bautizada. El tipo de hora que los poetas llaman la primera luz alta y los pescadores llaman la hora de las redes. Nació en Barranquilla — la ciudad del abuelo, del Instituto, del San Andresito, de los colores del Carnaval. La ciudad que lo recibió antes de que la vida lo llevara a Sincelejo, a San Marcos, a Cartagena, a Bogotá y al mundo.

EL ÚLTIMO HOLLMAN

Del Caribe colombiano a las raíces alemanas

la historia de un linaje que alguien quiso borrar

Pedro Gregorio Montiel Holmann

* * *

Novela autobiográfica

Cartagena de Indias, 2026

EL ÚLTIMO HOLLMAN

*Una novela sobre la sangre, la memoria y el amor de un
padre*

*Del Caribe colombiano a las raíces alemanas —
la historia de un linaje que alguien quiso borrar*

Pedro Gregorio González Hollman

Cartagena de Indias, Colombia

2026

*"No heredamos la tierra de nuestros padres,
la tomamos prestada de nuestros hijos."*

— Antoine de Saint-Exupéry

"El que no conoce su historia está condenado a repetirla."

— Edmund Burke

NOTA DEL AUTOR

Esta novela está basada en hechos reales.

Los nombres, lugares y algunos detalles han sido modificados para proteger a las personas involucradas y a sus familias. Los personajes son ficticios en su nombre, pero absolutamente reales en su alma. Cualquier semejanza con personas reales no es coincidencia — es intención.

El título no es metáfora. Es herencia. Los Hollmann — con H, doble L, doble N — son una familia de origen alemán con presencia en Europa desde hace siglos. Fue un Hollmann alemán quien llegó al Caribe colombiano, trajo consigo la industria del tabaco al Carmen de Bolívar, y engendró un linaje que durante generaciones ejerció poder político y económico en la región. Su bisnieto fue senador de la República durante treinta y tres años.

El autor de este libro lleva ese apellido — pero truncado. En su cédula de ciudadanía colombiana figura como Hollman: H, doble L, M, A, una sola N. Una letra menos. Una letra que representa todo lo que le fue arrebatado antes de nacer.

Sin la partida de bautismo de su abuelo materno — páginas arrancadas de los archivos eclesiásticos del Carmen de Bolívar — el autor no puede probar ante las autoridades alemanas que descende del Hollmann original. No puede reclamar su ciudadanía europea. No puede demostrar la sangre que lleva. La

cadena documental está rota en el eslabón más importante: el que lo conecta con sus orígenes.

Alguien le robó una N. Y con esa N, le robaron un continente.

Este libro es la respuesta. Porque lo que se escribe no se puede arrancar.

El protagonista se llama Pedro Gregorio en estas páginas. Su madre lo nombró así en honor a Su Santidad Juan Pablo II, convencida de que ese niño estaba destinado al sacerdocio. La vida, como siempre, tuvo otros planes. Mejores, quizás. Más humanos, con certeza.

El recorrido chamánico descrito en esta novela ocurrió en múltiples territorios: el Putumayo, el Amazonas, la Sierra Nevada de Santa Marta, los Montes de María, las montañas colombianas, el desierto de Sonora en México, y los territorios sagrados del Perú. No fue un viaje — fueron muchos. Todos reales. Todos necesarios.

Este libro nació de una conversación en las madrugadas de Cartagena de Indias, mientras afuera el mar Caribe seguía siendo indiferente a todo el dolor humano — como siempre lo ha sido, y como siempre lo será.

Va dedicado a Sebastián José. Tú, que lees esto, ya eres un hombre — quizás más maduro de lo que cualquier adulto en tu vida ha querido reconocer. Las circunstancias duras te forjaron antes de tiempo, y eso, aunque dolió, también te hizo

extraordinario. Cuando tu conciencia siga creciendo y madurando — como la de todo hombre que se construye a sí mismo con honestidad — encontrarás en estas páginas no solo la historia de tu padre, sino el espejo de todo lo que tú ya llevas adentro. El apellido que cargas tiene raíces en dos continentes. Nunca lo olvides. Nunca dejes que nadie te lo arranque.

— J.P.G.H.

* * *

A mis maestros

A todos aquellos que tienen la generosidad de tejer la realidad que viven otras personas.

Conocer, convivir, compartir con quienes construyen mundos — es uno de los privilegios más grandes que existe, y una responsabilidad enorme que no siempre se sabe cargar con la dignidad que merece.

Gracias por educarme.

Gracias por corregirme.

Gracias por instruirme.

Gracias por tener paciencia conmigo.

Sé que soy difícil de digerir.

Y gracias porque así puedo comprender el porqué de las cosas.

Uno tiene que encontrar su propia respuesta, sus propias certezas, para poder tener eso que uno llama seguridad. Tan frágiles somos. Tan necesarios los unos para los otros.

Hay algo que vale la pena decir con honestidad:

La gente no habla bien de sí misma — menos va a hablar bien de ti a tus espaldas.

Yo también lo hice. Por eso lo digo. Y lo he visto. Y lo sigo viendo.

Esa es la sociedad en la que vivimos — y de la que todos somos parte.

Gracias a los que eligieron, a pesar de todo eso, enseñar.

Pedro Gregorio González Hollman

Cartagena de Indias, 2026

* * *

A las mujeres — a todas

Quiero agradecer especialmente a todas y cada una de las mujeres que han estado en mi vida.

A todos esos portales que me han permitido el ingreso.

Comenzando por el portal de mi madre — por el que vine a la vida. Mi puerta de ingreso al mundo. Mi madre, que me concibió primero en el mundo astral, el mundo de la mente, de lo no tangible, y mediante el sentimiento y el poder del amor de mi padre, hizo posible mi llegada aquí.

Gracias, mamá. Gracias, papá.

A Sofía — Sophia en alemán, la sabiduría — y a Emma — en francés, la totalidad. Mis ángeles. Las que me decían: nos liberaste de la prisión de Mara. En sánscrito, Mara es la ilusión que encadena al alma, el velo del ego que impide ver la realidad tal como es. Salir de la prisión de Mara es despertar. Ellas también despertaron. Y fue mutuo.

A todas esas mujeres que han estado en mi vida. A todos esos amores. A todas esas decepciones que también fueron maestras.
A todas esas madres.

A mi tía la docente. A todas mis otras tías. A mis primas. En especial a aquellas que incondicionalmente han estado en pensamiento, palabra y acción.

A ti, Marita hermosa.

Y a ti, Valentina.

Por todo lo que viví contigo. Por enseñarme. Por mostrarme esa versión que me enamoró y que hizo que te eligiera como madre de mis hijos.

Gracias por enseñarme a conocer el verdadero amor — el de los padres hacia los hijos.

Gracias por tu luz y por tu sombra.

Aquí estoy — y estaré siempre — para ti, cuando me necesites.

Gratitud.

A las que ya no están. A mis abuelas. A mis primeras maestras. Y a todas y cada una de esas mujeres que hacen de cada momento que comparto con ellas algo especial — a través de su pensamiento, de su accionar, de su sonrisa.

A mis amigos — los reales y también los hipócritas. A los que en la infancia y en la adolescencia tiraron muñeca por mí. A mis

*hermanos: los de sangre y esos otros que hoy estarían
dispuestos a ir hasta la guerra por mí.*

Gracias.

Esto lo hago por todos nosotros.

Humanidad.

Nota del autor

El narrador de esta obra lleva el nombre literario de Pedro Gregorio González Hollman. Esta es una autobiografía que recurre a recursos narrativos propios de la literatura para dar forma a experiencias vividas. Algunos nombres, circunstancias y detalles han sido modificados para proteger la privacidad. Los hechos sustanciales son reales.

PRÓLOGO

A Don Gabriel

Hay maestros que enseñan con el discurso.

Y hay maestros que enseñan con el ser.

Tú eres de los segundos.

Verte trabajar fue una clase magistral sin aula ni pizarrón. Verte ordenar, estructurar, decidir — con esa parsimonia que solo tienen los que saben exactamente lo que hacen y no necesitan demostrarlo. Verte reír. Verte comer. Ver esa sincronía perfecta entre lo que piensas, lo que dices y lo que haces — ese privilegio raro del hombre que no tiene fisuras entre su pensamiento y su acción.

Encontrarnos en Miami — en el Centro de Convenciones, en la feria médica más grande que se hacía en el Caribe, con miles de personas llegadas de todo el mundo — sin habernos puesto de acuerdo, sin buscarnos, y de repente vernos aparecer el uno frente al otro entre esa multitud inmensa. Tú con Margarita. Yo con la mía. Y ese cruce de caminos que el universo organizó sin consultar a nadie fue, cada vez, una confirmación de que los caminos que valen la pena tienen su propia geometría. Se encuentran solos.

Bailar, trabajar, gozar, disfrutar, vivir.

Qué buenos momentos. Qué buenos momentos, Don Gabriel.

Fuiste un maestro formidable. Intachable. Impecable. Y debí escucharte más — con respecto a otras cosas. Ahora lo veo con la claridad que solo da el tiempo. Y no hay arrepentimiento en ese reconocimiento, solo gratitud profunda por lo que sí recibí.

Eres testigo vivo y fiel de mi historia. Te veo como una figura familiar — así se siente estar junto a ti, con esa calidez que no se aprende ni se finge.

Gracias por la formación. Por la educación. Por la autoridad otorgada con confianza. Por el respeto que nunca condicionaste. Por el reconocimiento generoso. Por tu genialidad discreta — la que no necesita aplausos porque sabe su propio valor.

Gabriel Antonio García Romero.

En mi corazón permaneces.

Con admiración, afecto y gratitud.

* * *

Barranquilla · 7 de marzo de 1980

Llegó al mundo un siete de marzo de 1980, en la Clínica La Asunción de Barranquilla, en la hora en que el Caribe empieza a respirar — cuando el sol ya ha subido lo suficiente para que la brisa marine se mueva y la luz llega dorada desde el oriente, bautizando los techos de la ciudad con ese resplandor horizontal que los pescadores conocen como la hora de las redes. La primera luz alta del día. La hora en que el mundo todavía huele a amanecer pero ya tiene todo el calor que necesita para crecer.

Así llegó. En Barranquilla — la ciudad del abuelo Álvaro, del Instituto Técnico Electrónico, de los San Andresito y el Banco Colmena. La ciudad que lo recibió antes de que la vida lo llevara a Sincelejo, a San Marcos, a Cartagena, a Bogotá y al Caribe entero.

Los primeros recuerdos

Sincelejo · Los Zumiga · El vuelo · El gallito blanco

Los recuerdos más tempranos que tengo son de cuando era un bebé, de meses. Vivíamos en un apartamento en Sincelejo, en un edificio bastante particular que me gustaba. Y en la esquina de nuestro departamento estaba una casa muy especial — una casa llena de vida, de luz, de sabiduría. La casa del doctor Zúñiga y la casa de Rebe. Con ellos, su familia: padre, madre y tres hijos. Nosotros también éramos tres. Era bastante especial para mis padres juntar su camada de tres varones con tres mujeres. Con principios y estándares muy similares. Personas que a su manera atravesaron la forja, como todos.